

MANUEL SOTOMAYOR MURO

(1922-2020)

MANUEL SOTOMAYOR MURO EN LA MEMORIA

Al cierre del presente número del boletín nos ha llegado la tristísima noticia que el profesor Manuel Sotomayor Muro nos ha dejado. El mundo de la arqueología y, en general, de la cultura, está de luto, está huérfano. No es fácil expresar con palabras lo que el corazón siente, esa desolación por la pérdida de un gran maestro pero, sobre todo, por la dolorosa ausencia de una persona excepcional. Maestro de maestros supo inculcar, en todos los que tuvimos la inmensa suerte de conocerle, su inquietud y su amor por el conocimiento. Lo conocí cuando realizaba mi tesis doctoral sobre la *terra sigillata* decorada de Los Villares de Andújar bajo la dirección de Mercedes Roca, tristemente fallecida hace ya unos años. Teníamos afinidad de investigación pero también de origen, ambos nacimos en Algeciras. Compartíamos algunas divertidas y peculiares expresiones de nuestra tierra y disfrutaba contando sus excavaciones en los hornos de la playa del Rinconcillo con esa expresividad que le caracterizaba. Quizá unos de los recuerdos que siempre me ha acompañado ha sido, cuando en plena euforia de redacción de mi tesis, me enviaba a través de Mercedes Roca, unos dulces exquisitos que elaboraba el maestro de cocina de la residencia de los Jesuitas con el firme propósito de infundirme ánimo. Y sin duda esos manjares me proporcionaron la energía necesaria y en parte contribuirían para acometer, con éxito, la dura tarea de identificar los estilos decorativos isturgitanos. Varios son los recuerdos que siguen vivos. Quizá de todos ellos, la inmensa alegría que sintió cuando, a finales de 1994, le comuniqué



Figura 1. Mercedes Roca, Manuel Sotomayor e Isabel Fernández en una visita al yacimiento de Los Villares de Andújar en el marco de un curso de la Universidad de Otoño de Andújar

que iba a pedir un proyecto para continuar las investigaciones en Los Villares de Andújar y la gran satisfacción que sintió cuando lo concedieron. Siempre ha estado animándonos en nuestro conocimiento de la realidad isturgitana. De más de un cuarto de siglo de investigaciones sobre el yacimiento, sin lugar a duda, permanece en mi memoria con inmenso cariño aquellas primeras actuaciones de prospección que D. Manuel seguía con gran entusiasmo y, muy especialmente, la mítica campaña de excavación de 1999. En mi corazón quedan aquellas llamadas, efectuadas al atardecer, desde un móvil casi prehistórico para comunicarle los avances de ese día y sí, por alguna causa me retrasaba, su llamada siempre llegaba deseando conocer como había transcurrido la jornada. Otro momento muy impactante para mí fue cuando realizamos un

congreso internacional en 2014 sobre la *terra sigillata* hispánica. Era, en realidad, un más que merecido homenaje a los pioneros que sentaron las bases para el estudio de esta clase cerámica (Mezquiriz, Garabito, Sotomayor, Roca y Serrano). No sabíamos si D. Manuel podría acercarse a alguna de las sesiones debido a su salud. Lo hizo y creo que disfrutó de ese momento siguiendo con atención las exposiciones. En mi mente conservo, como un tesoro, ese paseillo cogido de mi brazo cuando abandonaba la sala comentándome lo contento que estaba por haber podido asistir y aún, resuenan en mis oídos, los aplausos que todos los presentes le dedicaron. Fue realmente emocionante, muy emocionante.

Me viene gratamente a la memoria, un pequeño comentario suyo cuando en 2009 oposité a la cátedra de Arqueología. Lógi-

camente estuvo presente y cuando terminó todo, satisfactoriamente, nos hicimos una foto de la gran familia isturgitana de investigadores. Con ese ingenio que le caracterizaba comentó que en excavación habíamos documentado tres generaciones de alfareros isturgitanos pero que, en realidad, se constataban cuatro generaciones en referencia a la última “hornada” de jóvenes investigadores que trabajaban y siguen, afortunadamente, trabajando sobre el yacimiento. Así era D. Manuel pendiente de todos ellos y conocedor de sus logros en todo momento.

Era muy polifacético. Recuerdo cuando Mercedes Roca bajaba a Granada e íbamos a visitarlo. Por entonces internet afluía tímidamente en nuestro país y él era ya un hábil internauta. Nos mostraba sus entresijos, nos hablaba de sus magníficas posibilidades o nos enseñaba la colección de fotos de animales y plantas que se había descargado, a los que siempre acompañaba de geniales comentarios, en ocasiones, no exentos de humor. Cuando casi nadie leía los periódicos online, él seguía la prensa y, especialmente, la rumana. Había estado cierto tiempo en ese país, dominaba su lengua y seguía sus noticias. Nos comentaba con tristeza, casi siempre, un viaje que había planeado a Rumanía que no pudo efectuarse debido a la catástrofe de Chernobyl que aconteció poco tiempo antes de su expedición programada para hacer de cicerone de unos amigos, entre otros de la Universidad de Málaga. Nunca dejó de pensar en ello. Estas visitas terminaban, con una especie de ritual, que efectuamos mientras él pudo. Después de una distendida conversación en su despacho, las tres generaciones nos íbamos a degustar en el Cenador uno de sus platos favoritos, la pastela. Son quizá esos pequeños momentos los que se cobijan en el corazón, ya no están ni Mercedes Roca ni Manuel Sotomayor, pero esas vivencias nos acompañarán siempre.

He rehuido de una semblanza puramente académica de sobra conocida por todos. He expuesto unas simples pinceladas sobre su faceta humana. Hay muchísimas más. Soy consciente que, todos y cada uno de los que le conocieron, podrían aportar datos que, en definitiva, nos permitirían a una persona excepcional tanto a nivel profesional como humano. Era muy humilde como sólo los sabios saben serlo.

D. Manuel era muy vitalista, muy honesto, con una mente privilegiada, con un gran sentido del humor y, ante todo, una gran persona como dirían en nuestra tierra. Conocerlo ha sido un privilegio y, no cabe duda, que su legado permanecerá para siempre al igual que ocupará para siempre un lugar muy especial en el corazón de todos los que le conocimos y disfrutamos de su amistad. Descanse en paz.

M^a Isabel Fernández García
(Universidad de Granada)